

ARTE BÁRBARO

Existe conexión naturalmente entre los tipos bárbaros de arte y los tipos bárbaros de sociedad. La autocracia es el origen de unos y otros.

Según mostré al tratar del Imperialismo moderno y del retroceso á la barbarie, estos hechos son concomitantes del creciente militarismo, el cual, en su forma desenvuelta, implica un gobierno coercitivo. Uno de los caracteres del régimen despótico es la ostentación, que sirve para intimidar al pueblo con las manifestaciones de un poder ilimitado, de que es testimonio, entre otros, un estilo de arte grandioso y sumamente elaborado que supone enorme costo y enorme trabajo, y revela el avasallamiento absoluto de los hombres. Así lo prueban, en los remotos tiempos, las decoraciones de los templos y sepulcros de los egipcios, adornados de frescos en su interior y cubiertos exteriormente de los detalles esculpidos de las conquistas; otro tanto se ve en los restos que quedan de la civilización asiria, y, en general, no ha sido ni es otro el carácter del arte en los países de Oriente, en donde la única forma de gobierno conocida es la autocrática. Distínguese el soberano y personas de su familia por sus vestidos, que real-

zan el oro y las piedras preciosas, mientras sus armas y atributos oficiales están recargados igualmente de costosos adornos, y sus caballos enjaezados y sus servidores, que lucen vistosos trajes, pregonan su grandeza. Si pasamos á Europa, encontraremos en tiempos anteriores el mismo fausto anejo á la posesión del poder, no sólo en los utensilios y menesteres de la Corte, sino en los instrumentos bélicos: las armaduras se incrustaban de metales preciosos; las espadas, y después las armas de fuego, se cincelaban primorosamente. Todo revestía el sello de la suntuosidad, y, por esta causa, la idea del gran arte era inseparable de la del gasto excesivo (1). Sólo al declinar el tipo social agresivo y elevarse paralelamente el industrial, se empieza á ver la sencillez relativa que caracteriza al arte verdaderamente elevado. Nos proporciona una ilustración de este cambio la preferencia de los modernos por las esculturas no pintadas en lugar de las esculturas y figuras de cera pintadas, comunes en la Edad Media y aun en época más reciente.

Ahora, con el retroceso á la barbarie que acompaña al movimiento imperialista, es bastante curioso notar cómo renace el gusto por los tipos de arte coetáneos del

(1) Precisamente, antes de enviar estas líneas á la imprenta, llega á mis manos una notable prueba de lo que digo. En el *Times* del 7 de Marzo de 1902, el corresponsal de este periódico en el Japón dice que un par de vasos de plata, con incrustaciones de oro, altos de siete pulgadas, que el Mikado se proponía regalar al Rey Eduardo VII con motivo de su coronación, representaba «siete años de trabajo de treinta de los mejores artífices japoneses.»

régimen coercitivo. La institución social que siempre y dondequiera se manifiesta más fuertemente apegada á lo antiguo—la Iglesia,— ha dado la señal. Los muros interiores de las catedrales, lisos hasta hace poco, empiezan á cubrirse de labores chillonamente coloreadas; y los eclesiásticos, que han ganado actualmente alta mano, están revistiendo de pinturas de mosaicos al uso antiguo la cúpula de San Pablo. En todas partes la sencillez protestante va cediendo su lugar al lujo de los católicos en el altar y en los retablos, llenos de detalles esculpidos; y en las vestiduras de los clérigos se resucita el antiguo boato, usándose prendas brillantemente exornadas que recuerdan la pompa oriental y la de la Edad Media.

Un fenómeno semejante se observa en nuestros periódicos artísticos. Muchas de las cosas que ofrecen á la admiración de sus lectores, sugieren desde luego la idea de que se está operando una violenta reacción que nos lleva de la persecución de lo bello á la persecución de lo feo, y el examen prueba en seguida que lo feo es generalmente lo medioeval. A cada momento contemplamos éste ó el otro modelo de quintas y casitas de campo, cuyo único mérito estriba en recordar las construcciones de los siglos pasados. Y á menudo hallamos vistas de aposentos cuyos muebles, completamente incómodos por su hechura, se distinguen por su estilo más ó menos antiguo, que con frecuencia es arcáico, es decir, bárbaro.

De idéntico gusto retrogresivo se hace gala en otras publicaciones periódicas. En las cubiertas de algunas de ellas, además de su decoración arcáica, vemos rótulos cuyo estilo difiere de los usados una genera-

ción há por sus letras mal formadas de propósito, por las combinaciones de tipos de diferentes tamaños en la misma palabra y por torcimientos que nos hacen creer que hemos retrocedido al nacimiento de la escritura, pues tales caracteres tienen visible semejanza con los dibujos irregulares de los salvajes y de los niños. Puede notarse también que ahora los títulos de los libros se colocan muchas veces cerca del filo y otras en un ángulo, no siendo este abandono deliberado de la simetría de esos que producen un efecto pintoresco, sino de aquellos otros que quebrantan las reglas de la proporción, por contrastar extrañamente con la forma geométrica del libro. Debe agregarse la exhumación de los tipos del siglo XVIII, teniendo muchos de los libros que hoy se publican el aspecto de obras salidas de la imprenta en los días de Johnson. Y se ha retrogradado más aún, como atestigua la tipografía introducida por el difunto M. Guillermo Morris, el cual adoptó por modelos el tipo romano del siglo XV y el gótico, diciendo para justificar uno de sus usos: «No se separaron nunca de esta regla los libros de la Edad Media, impresos ó escritos.»

Ejemplo de ese proceso de *rebarbarización* es igualmente el volverse al papel fabricado á mano, circunstancia que á menudo se hace constar como signo de superioridad, y existe, en fin, la abominable costumbre, que acompaña á la anterior, de dejar las hojas en rama, lo que, no obstante ser feo y al par muy incómodo, pues entorpece para pasar las hojas, se presenta como un atractivo por los editores, sin más razón que la de satisfacer el sentimiento retrogresivo que en todas las cosas se descubre. Llega la aberración en este

punto á tal extremo, que, según he oído á un fabricante de papel, en algunos talleres de encuadernación se igualan las hojas (cuando la necesidad del plegado lo exige) con una cuchilla embotada, «para imitar la tosiedad natural.»

XXXVI

VACUNACIÓN

«Al intervenir en el orden de la naturaleza, no sabemos nunca en dónde terminarán los resultados,» observó una vez en mi presencia un biólogo distinguido, el cual en seguida deploró su falta de circunspección, viendo las diversas aplicaciones que yo podía hacer de sus palabras.

Jenner y sus discípulos han presumido que una vez inoculado el virus de la vacuna, el individuo queda inmune ó relativamente inmune contra la viruela, y que aquí concluye el proceso. Nada diré en pro ni en contra de la primera parte de esta hipótesis (1). Me propongo simplemente mostrar que el proceso no concluye en donde se supone. La interposición en el orden de la naturaleza tiene otras consecuencias, además de la que se señala.

(1) Citaré, no obstante, la afirmación del conocido editor M. Kegan Paul, basada en su propia experiencia, el cual en sus *Memorias* (págs. 260-1) nos dice, contando haber padecido las viruelas en su edad adulta, que las había tenido de niño, á pesar de estar vacunado y de haberse vuelto á vacunar poco tiempo antes. «Soy, añade, el segundo, en mi familia inmediata, que ha sido atacado dos veces por la viruela y á quien la vacuna de nada ha servido.»

En una relación parlamentaria publicada en 1880 (núm. 392), comparando el quinquenio de 1847-51 con el de 1874-78, se hace ver que en el último se registraron en total entre los niños menores de un año 6.600 defunciones menos por cada millón de nacimientos, mientras las producidas por ocho enfermedades especificadas, comunicables directamente ó exacerbadas por la vacuna, se elevaron entre ellos de 20.524 á 41.353 por el mismo número de nacimientos, es decir, aumentaron más del doble. Es evidente que fueron más los niños muertos á consecuencia de estas enfermedades que los salvados de la viruela (1).

Al hecho demostrado de propagarse ciertas enfermedades por medio de la vacuna, hay que agregar los efectos que acompañan á ésta. Se sostiene que la inmunidad, obtenida con ella, implica algún cambio en los componentes del cuerpo; es una presunción necesaria. Ahora bien: la modificación experimentada por las substancias corporales, sólidas ó líquidas, que preserva de la viruela, ¿no obrará de ningún otro modo? ¿Se atre-

(1) Ocurrió esto en los días de la vacunación de brazo á brazo, cuando los doctores afirmaban que no podían transmitirse otras enfermedades (la sífilis, por ejemplo) con el virus de la vacuna. Cualquiera que repase las Memorias de la Sociedad Epidemiológica, verá que los médicos se convencieron repentinamente de lo contrario al presentarse un caso espantoso de invasión sífilítica. Hoy que se usa la linfa de la ternera no se corre este peligro, aunque sí el del contagio de la tuberculosis bovina. Cito el hecho, sin embargo, para aquilatar el grado de fe que debe inspirarnos la opinión de los médicos.

verá alguien á decir que su único efecto es poner al paciente á cubierto de una enfermedad determinada? No puede cambiarse la constitución con respecto á un agente invasor, y dejarla inalterable con respecto á otros agentes invasores. ¿Y cuál debe de ser el resultado total? Hay ejemplos de personas delicadas que mejoran de salud después de padecer alguna enfermedad grave, por ejemplo, las fiebres tifoideas. Pero éstos no son casos normales; si lo fuesen, un individuo sano gozaría de más salud después de pasar varias enfermedades sucesivas. Por tanto, como la constitución modificada por la vacuna no gana en capacidad para resistir las influencias perturbadoras en general, debe inferirse que pierde con relación á ella. El calor, el frío, la humedad, los cambios atmosféricos, tienden á trastornar el equilibrio; cosa que también ocurre con ciertos alimentos, con el ejercicio excesivo, con el esfuerzo mental. Carecemos de medios para medir la importancia de las alteraciones en cuanto á su poder resistente; así es que, por lo común, no las advertimos. Hay, no obstante, indicios para creer que la vacuna produce una debilidad relativa general. El sarampión es hoy enfermedad más peligrosa que antes y ocasiona numerosas defunciones. La *grippe* nos proporciona otra prueba. Sesenta años há, cuando á largos intervalos aparecía esta epidemia, atacaba á pocos, no revestía gravedad y dejaba escasos rastros; ahora tiene carácter endémico, se ceba en multitud de personas, presentando formas muy agudas, y causa estragos en las constituciones. La enfermedad es la misma, pero hay menos capacidad para resistirla.

Existen otros hechos significativos. Es una verdad

biológica familiar que los órganos de los sentidos y los dientes proceden de la capa dérmica del embrión. Por esto las anormalidades se dan juntas en ellos: los gatos de ojos azules son sordos, y los perros pelones tienen dientes imperfectos. Igual acontece con las anormalidades constitucionales producidas por la enfermedad. La sífilis en sus primeros períodos es una enfermedad de la piel; pero cuando se transmite por herencia, sus efectos se manifiestan en la mala conformación de los dientes, y más adelante en la iritis (inflamación del iris). Relaciones análogas podrían observarse en otras enfermedades de la piel: así, por ejemplo, la fiebre escarlatina va acompañada con frecuencia de la pérdida de los dientes, y el sarampión causa desórdenes, ya transitorios, ya permanentes, en los ojos y los oídos. ¿No sucederá tal vez lo mismo con otra enfermedad de la piel, con la producida por la vacuna? Si así fuese, estaría ya explicada la espantosa degeneración de la dentadura entre los jóvenes de nuestro tiempo, y no habría que admirarse de cuánto abundan entre ellos los casos de mala vista y ojos defectuosos. Pero encierren ó no un fondo de verdad estas conjeturas, una cosa es cierta: la presunción de que la vacuna modifique la naturaleza en relación con la viruela y no produzca en ella ningún otro cambio, es á todas luces absurda (1).

(1) Una autoridad muy respetable, Sir Jaime Paget, dice en sus *Lecturas* (cuarta edición, pág. 39): «Parece lo más probable que la alteración causada por la linfa de la ternera y otros virus infecciosos se mantenga no sólo en los tejidos, sino en la sangre tanto ó más que en ellos, y que cuales-

quiera que sean los elementos que después se agreguen, no desaparezca el carácter impreso por uno de esos virus específicos.» Se supone, ó más bien se afirma aquí, que el temperamento se modifica. ¿Cambia para mejorar? Si no, debe cambiar para empeorar.

HISTORIA PERVERTIDA

Creo que fué un monarca francés quien, deseando consultar cierta obra histórica, dijo á su bibliotecario: «Tráeme mi libro de embustes.» Este modo de expresarse era extraño, pero no injusto. Cuanto más observamos los sucesos diarios y las afirmaciones hechas acerca de ellos por tales ó cuales clases de personas, tanto más nos sorprende la dificultad—á veces la imposibilidad—de fijar sus circunstancias esenciales.

Me obliga á hablar así una perversión sumamente grave de la historia, conocida de pocos relativamente, y que he podido comprobar de la manera más positiva; perversión que, á pesar de su importancia, habría adquirido, á no ser por un incidente imprevisto, carta de naturaleza en todos los estudios futuros de las relaciones de Inglaterra con los Estados Unidos.

Al comenzar el año de 1869, los sentimientos poco amistosos entre los dos países desde la guerra de separación, se habían exacerbado mucho. Desde el principio habíamos sido insultados por no simpatizar con los Estados del Norte en la guerra anti-esclavista que sostenían los del Sur. Se había sentado que siendo consumidores de algodón, nuestros intereses eran los del Sur, y que, por esta causa, debíamos necesariamente

estar á su lado. Persiguiendo semejante conclusión, los americanos rivalizaron entre sí en lanzarnos sus anatemas.

Como el lector sabe perfectamente, no soy admirador incondicional de Inglaterra ni de sus actos; pero me indignó que habiendo mostrado nuestra patria, al surgir el conflicto, simpatía tan grande por los Estados del Norte que ningún otro pueblo se la ha inspirado nunca igual, pues hubo entonces una unanimidad en los sentimientos de que no existe ejemplo parecido en materias políticas, nacionales ó extranjeras; me indignó, repito, que habiendo sucedido esto, se hubieran de fulminar perpetuamente reproches contra ella, como si su conducta hubiese sido muy distinta. El resultado fué que al cubrirse de negras nubes en 1869 el horizonte político en el Occidente, me propuse demostrar á los Estados del Norte cuán equivocados estaban suponiendo que al comenzar la lucha sentíamos hacia ellos la hostilidad que posteriormente les manifestamos.

Envié, pues, á mi secretario al Museo británico para buscar las pruebas contenidas en la prensa diaria y en la semanal de Londres, inmediatamente antes de empezar la guerra é inmediatamente después. Mi memoria no me había engañado lo más mínimo. Los extractos evidenciaban que los periódicos de todos los partidos—tory, whig, radical—habían condenado en términos enérgicos la política del Sur, bastando leer, para convencerse de ello, el *Times* del 5 de Diciembre de 1860, el del 11 del mismo mes y el del 4 de Enero de 1861; el *Daily News* del 2 de Enero de 1861; el *Morning Herald* de 27 de Diciembre de 1860; el *Morning Post* de 5 de Diciembre; el *Daily Telegraph* del 3; la *Morning Star*

del 27 de Noviembre; el *Express* del 20; el *Sun* del 19; el *Standard* del 24; el *Spectator* del 1.º de Diciembre, y la *Saturday Review* del 29.

Aún más fuertes eran las censuras formuladas contra el Sur, después de empezada la guerra, en el *Times* del 18 y del 19 de Enero de 1861; en el *Daily News* del 21; en el *Morning Post* del 9 y el del 12; en el *Daily Telegraph* del 19 y el del 15; en el *Morning Herald* del 28; en la *Morning Star* del 15; en el *Sun* del 19; en el *Globe* del 14 y el del 18; en el *Standard* del 19 de Enero y en el del 2 de Mayo; en el *Express* del 24 de Enero; en el *Spectator* del 5 y el del 26; en la *Saturday Review* del 12 de Enero y en la del 2 de Febrero. No se había encontrado una sola frase de simpatía para los Estados esclavistas. Más tarde supe que en una publicación mensual, *Blackwood*, se había dado una nota discordante, y que esto se miró como una desgracia.

Ordené los extractos referidos en forma de carta, y se los mandé á mi amigo el profesor Ioumans, suplicándole que los publicara en la *Tribune* de Nueva York: esperaba que, restablecida la verdad de los hechos, los sentimientos de los americanos serían menos hostiles. La carta fué enviada á la redacción de la *Tribune*, y mi amigo me remitió una prueba de ella, rogándome que la retirase. Me decía que las personas adictas á mí, que la habían visto, pensaban unánimemente que en vez de producir ningún bien, agravaría la situación, atándoles las manos. Aunque había manifestado serme indiferentes las consecuencias en lo tocante á mí, la afirmación de que ningún bien se obtendría me indujo á ceder, y la carta quedó inédita por entonces. Al cabo de algunos años, cuando las pasiones se habían calma-

do un tanto, el corresponsal de la *Tribune* en Londres, á quien hablara del asunto, me pidió la carta para publicarla. Se la entregué, y apareció incidentalmente en forma de artículo de fondo, en donde se hacían ligeras alusiones á las pruebas reunidas por mí. Como yo había presumido, el efecto que se produjo no fué grande. La demostración no es bastante para cambiar las creencias arraigadas.

Varios motivos me han impulsado á escribir las líneas precedentes. Uno de ellos es que, si bien en un apéndice á mi autobiografía he reproducido la carta dirigida á la *Tribune*, sin embargo, como la mayor parte de los lectores no se fijan en los apéndices, la rectificación de hechos que contiene será conocida de muy pocos. Me he decidido, pues, á referir las circunstancias en que fué escrita y á consignar las fechas de los periódicos á que pertenecen los pasajes citados en ella. De modo bien extraño, aun entre nosotros mismos, la animosidad nacida de los ultrajes que sin razón se nos dirigieron, parece haber borrado por completo el recuerdo de lo que al principio sucedió.

¿Qué debe pensarse de las afirmaciones históricas en general? Cuando doce de los principales periódicos ingleses, en donde estaban representados todos los partidos, se unían en un coro de reprobación; cuando ningún otro periódico rompía esta unanimidad con que se condenaba la conducta de los Estados del Sur, dábamos, sin duda, una prueba concluyente de la simpatía que nos inspiraban los del Norte. A pesar de ello, los Estados del Norte se desataron en diatribas contra nosotros, suponiéndonos afectos á los del Sur. Si perversión tan singular ha sido posible en los tiempos de

prensa barata y de fáciles comunicaciones, ¿qué no ocurriría en las épocas pasadas, cuando los medios de información eran menores y los odios más intensos? Fuera de las noticias de reinados, de batallas y de otros sucesos narrados en las crónicas de todos los pueblos, no disponemos de más fuentes históricas que los tratados que se celebraron con ánimo de romperlos, los documentos adulterados y las mentiras oficiales, las cartas chismosas de los cortesanos, etc., etc. ¿Cómo hacer salir la verdad de estos materiales? Juzgando por el caso reciente de que acabamos de hablar, en que estalló una grave desavenencia entre dos naciones por la completa inversión de los hechos, debemos creer que nada positivo cabe deducir del tropel de pasiones, prejuicios, supersticiones é intereses que movieron á nuestros antepasados.

Felizmente, podemos estar ciertos de las únicas cosas dignas de ser conocidas. A través de los memoriales, documentos, cartas, etc., como á través de las leyes que aún están en vigor y de las que han caído en desuso, se descubren hechos numerosos que no ha habido intención de conservar: los hechos concernientes á las clases, organización, costumbres, arreglos y cambios sociales, sobre que se asienta la Sociología, ciencia de que la Historia, según se entiende comunmente, es sólo un auxiliar.